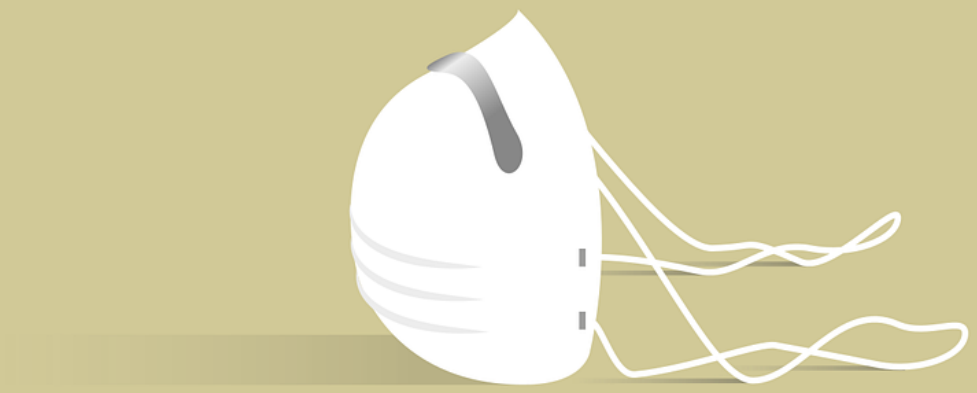

# LA PROPAGANDA POLÍTICA DURANTE LA COVID-19


## MICHELE DI SALVO

CEO de Crossmedia Ltd. Especializado en relaciones públicas y comunicación. Escribe en micheledisalvo.com, colabora con numerosos medios de comunicación y es especialista en estrategia de campañas (@micheledisalvo)


Uno de los principios de la propaganda política moderna se remonta a la Segunda Guerra Mundial, con Roosevelt, y afirma que "no se cambia de comandante durante la travesía". Un lema que consolidó el gobierno de Churchill, por ejemplo, pero que marcó su final. La misma consigna, con altibajos y fortunas, nos llegó con George W. Bush y su "no dejamos el trabajo a medias" (refiriéndose a la necesidad de continuidad de su administración en la guerra contra el terrorismo).

Este lema parece haber sido desempolvado hoy por muchos gobiernos, particularmente a nivel local, y esta vez la guerra está en el virus y la pandemia. El caso italiano es emblemático.

Muchos gobernadores de gobiernos regionales estaban en la cuerda floja, al menos a juzgar por su trabajo administrativo anterior, y muchos estaban en el proceso de no ser reelegidos, ni siquiera renombrados por sus propios partidos.

En marzo de 2020, el confinamiento cambió todos los escenarios, volviendo a proponer la idea de "necesidad" como el imperativo categórico de cualquier medida de emergencia.

Entre estas medidas de emergencia, ha surgido una, que ha pasado algo desapercibida, un silencio dictado por el miedo: prohibido disentir, prohibido criticar, prohibido dudar. Quien cuestionó tanto los cierres como la reapertura fue un derrotista e irresponsable que socavó la seguridad de todos.

En este clima, sin embargo, nadie se ha percatado de que los mismos gobernadores regionales que querían con más fuerza los cierres, gracias a los sondeos favorables, ni siquiera se han imaginado posponer las elecciones, evitando así mítines y colas en los colegios electorales, sino que a estas "reuniones" electorales les han cambiado el nombre por la "democracia necesaria".

Un plebiscito fácil con porcentajes en torno al 70% que pocos quisieron atribuir también a una campaña electoral hecha en verano y a las fuertes limitaciones de la propaganda política por parte de los candidatos de la oposición (que no se beneficiaron de la visibilidad mediática de los gobernadores durante la emergencia sanitaria). Y precisamente estos gobernadores "campeones del rigor", tras sentirse los más queridos por la ciudadanía, se han encerrado en nuevos decretos de urgencia, y muy pocos han objetado que la nueva ola, que llegó después del verano, tuviera como causa las elecciones y la presencia en los colegios electorales.

El triunfo, como sabemos, lo anestesia todo, absuelve a los culpables de malas decisiones, y al día siguiente comienza de nuevo la carrera por culpar a otro: los irresponsables invisibles y omnipresentes, los derrotistas.

Si bien este ha sido el uso que los partidos gobernantes han hecho de la Covid-19, no hay razón para regocijarse por el uso que la oposición ha hecho de él. Aquí la

competencia consistía en desempolvar una extraordinaria bandera de himno a la libertad personal contra los gobiernos opresores (o incluso la acuñación de la poderosa e imaginaria "dictadura de la salud").

El hecho aún más extraordinario es que una posición tan libertaria a menudo ha sido apoyada por partidos de derecha e incluso de extrema derecha: es extraordinario ver partidos neonazis saliendo a las calles marcando los decretos con el signo de la esvástica, y ¡Haciendo similitudes entre las limitaciones para los no nazis vacunados y las leyes raciales! Lo que nos trae de vuelta al viejo hecho de la propaganda política de que el color no importa, siempre y cuando lo que digas sea lo contrario de tu oponente.

Más ideológica, en cambio, es la idea de "reabrir las actividades económicas y comerciales a cualquier precio" (centro derecha) "sin las limitaciones de la libertad personal" (tanto de derecha como de izquierda) y "los lugares de encuentro cultural no son peligrosos" (izquierda) cómo "los lugares de ocio no son peligrosos" (restaurantes, discotecas, etc (centro derecha). Estrictamente, estos mensajes están vinculados única y exclusivamente a la visión de la oposición, y son exactamente opuestos cuando los mismos partidos están en el gobierno. Los partidos políticos tradicionales de toda Europa, en general, han experimentado una profunda transformación desde la crisis de la deuda soberana (2008-2012), perdiendo un gran consenso a favor de los partidos populistas, de derecha e izquierda: Albadorata y Tsipras en Grecia, EnMarche y Gillets jeunes en Francia. , Podemos y Ciudadanos en España, M5S y Lega en Italia son solo los ejemplos más llamativos.

Con la reducción de esta burbuja populista y la transformación parcial de estos movimientos en partidos, lo que quedaba de la estructura de los partidos tradicionales se ha aplanado cada vez más en partidos parlamentarios, sin una capacidad orgánica de agregación que se caracterizara por la capacidad de "acercar al pueblo a la plaza". Lo que parecen haber hecho es, en cambio, "ponerse en cabeza" en plazas que, de vez en cuando y sobre temas concretos, llegaban a llenarse más o menos espontáneamente: montar en la ola del disenso en lugar de crear una plataforma  política con sus propios contenidos.

El efecto de este fenómeno es la ideologización de todas las protestas, desde la

LGBT (que ve a los partidos de derecha de Europa del Este conocidos como el grupo de Visegrad opuestos a los de la tradicional izquierda y centro), hasta la "novax y anti greenpass". Es decir, en lugar de tener un rol rector y una propuesta política, los partidos de oposición, por el mero hecho de estar en la oposición, independientemente de su posición política, también han ideologizado y politizado la crisis pandémica.

El resultado es que un hecho administrativo como el GreenPass -incluso con críticas más o menos justas- se ha convertido en una "limitación de las libertades democráticas de libre circulación"; estar a favor o en contra de una campaña de vacunación obligatoria se ha convertido en un "estandarte de la libertad de elección de la terapia médica", abrir o cerrar o limitar se ha convertido en una "dictadura sanitaria y campaña de liberación".

Cuando se trata incluso de una emergencia sanitaria, que debe abordarse responsablemente en un clima de colaboración, en el más alto interés colectivo del bienestar de la población, con el aporte de todos para mejorar medidas para las que nadie estaba preparado, esta también se explota para los fines de la propaganda y la creación de consensos. Lo que se echa de menos -definitivamente- es el papel del partido dirigente, en el que "los mejores" de alguna manera guían a la ciudadanía. Terminamos con el consenso del día siguiente, la encuesta de la semana que viene, como único criterio, sin una perspectiva política a largo plazo.

En este contexto, finaliza ese proceso de deconstrucción del sentido de los partidos políticos organizados, y la consagración de un modelo de partido político estructurado con un simple propósito electoral, en el que el consenso fácil no se construye sobre ideas y programas, sino sobre la capacidad de entender el sentimiento de la ciudadanía y cabalgar por sus emociones a fin de ponerse luego el sombrero de búsqueda de consenso. Un consenso así construido, sin embargo, si sirve para ganar las elecciones de mañana, no tiene la capacidad de construir un gobierno al día siguiente, ni se basa en un programa electoral y de gobierno que tenga sentido: si el político sólo está interesado en ser elegido con mayoría, los que pagarán el precio de esta "política a la velocidad de una story de Instagram" serán los ciudadanos, dispuestos a bajar de nuevo a una plaza en la que una oposición aún más débil competirá para izar su bandera.